



Revista de Psicología

ISSN: 0716-8039

revista.psicologia@facso.cl

Universidad de Chile

Chile

Rubilar Solis, Luis

Identidad latinoamericana: bases epistemológicas y proyecciones éticas

Revista de Psicología, vol. IX, núm. 1, 2000, p. 0

Universidad de Chile

Santiago, Chile

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=26409111>

- ▶ Cómo citar el artículo
- ▶ Número completo
- ▶ Más información del artículo
- ▶ Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

Identidad Latinoamericana: bases epistemológicas y proyecciones éticas

Latin-American identity: epistemological basis and ethical perspective

Luis Rubilar Solis *

Resumen

A partir del enfoque psicohistórico (E. Erikson), complementado con otros aportes teóricos, se precisa epistemológicamente la condición psicosocial que define todo proceso de configuración identitaria. La interpretación de identidades, personales o sociales, exige la contextualización espaciotemporal y una cabal comprensión de sus matrices geohistóricoculturales específicas. En el caso de América Latina, ésta opera - concreta y formalmente - como referente social identificatorio e imaginario colectivo válido y valioso para sus habitantes, legitimados tanto por prácticas culturales y representaciones simbólicas compartidas como por evidentes autopercepciones y públicas heteropercepciones de índole psicosocial. La visión diacrónica de esta peculiar formación social - la América Latina - perfila, como necesario y básico ingrediente de su proyectiva construcción identitaria, una (re)fundante dimensión ética, basada en sus espacios geoecológicos, en los Derechos Humanos y en los valores democráticos.

Palabras claves: *Identidad psicosocial América Latina Globalización.*

Abstract

From a psychohistoric approach (E. Erikson), complemented with other theoretical contributions, the psychosocial condition is seen epistemologically as defining any process of identity configuration. The interpretation of identities, being these individual or social, demands a spatial temporal contextualization and a full understanding of its specific geohistoric and cultural matrices. In the case of Latin America, it works - concretely and formally - as a social identifying reference and as an imaginative collective valid and valuable to its inhabitants. They have been legitimated, not only due to cultural practices and symbolic representations, but also by obvious self-perceptions and public hetero-perceptions of a psychosocial nature. The diachronic vision of this peculiar social group - Latin America - outlines as a basic and necessary ingredient of its projective identification construction, a refoundation, an ethical dimension, based upon its geoecological spaces, in Human Rights and in Democratic values.

Key words: *Psychosocial Identity Latin America Globalization.*

* Psicólogo. Académico Univ. Metropolitana de Ciencias de la Educación; e-mail: lurus@interactiva.cl.

Identidad Latinoamericana: bases epistemológicas y proyecciones éticas

“Sólo una identidad firmemente anclada en el ‘patrimonio’ de una identidad cultural puede producir un equilibrio psicosocial eficaz” (Erik Erikson).

1.- Sobre identidades

Es frecuente encontrar en el ámbito de las Ciencias Sociales y de los Estudios Culturales alusiones a distintos modos de “identidades” (social, colectiva, nacional, cultural, etc.), obviando su dominio originario y más pertinente, que es el “psicológico” (o el de la “subjetividad”); también en el ámbito psicológico se suele omitir o minimizar la primaria condición social de la identidad personal, particularmente en los modelos naturalistas, estructuralistas y esencialistas, con lo cual no han logrado dar cuenta del crucial tópico vincular “individuo y sociedad”.

Tales interpretaciones parceladas e inconexas vienen siendo superadas a través de perspectivas más integrativas y holísticas, de corte social y humanista, como las dialécticas y constructivistas de índole históricocultural.¹ Por otra parte, posiciones enmarcadas en el escenario de la globalización económica y comunicacional (sociedad red), entre ellas la posmoderna de cuño epistemológico eurocentrífugo, han intentado minimizar o pulverizar con diversos matices la existencia fenoménica de la identidad en su versión individual o social. Se habla “del yo saturado, personalidades pastiches o multífrénicas” (K. Gergen, 1992); de que “ya no existimos como dramaturgos o actores, sino como terminales de redes múltiples” (J. Baudrillard, 1988); o de “identidades virtuales”, negando la existencia concreta de algo como “identidad nacional o identidad regional latinoamericana” (J.J. Brunner, 1994).

El afán atomizador y descontextualizador, las antinómicas categorías “fragmentación-globalización”, la buscada desterritorialización y eliminación de fronteras, la supuesta ubicuidad y pragmatismo de las empresas transnacionales y sus (impuestas) reglas, las postuladas bondades utilitarias y pseudodemocratizantes de las industrias culturales (máquinas y mercados), la minimización de los anclajes geoecológicos e históricoideológicos de las identidades - individuales y grupales - que, como axiomas conforman los (meta)relatos y adornan las escenificaciones de estos autores, son contradichas cotidianamente por la realidad concreta, especialmente de América Latina. Porque en ella se ha implementado crónicamente la política de dominación de un sistema-mundo económicamente tripolar (Estados Unidos, Europa y Japón), incentivando el enriquecimiento individual y cupular, el altercentrismo identificatorio y las locaciones de control externo, las distancias culturales y la “performatividad” (J.F. Lyotard, 1989: 30) del racionalismo instrumental; tal modelaje neoliberal se viene implementando con eficiencia en nuestro continente bajo la égida del Fondo Monetario Internacional y del Banco Mundial, entes directrices no sólo de sus patrones económicos sino, también, educacionales, culturales y comunicacionales.²

¹ En América Latina destacan los aportes epistemológico-sociales que, en distintos ámbitos, han desarrollado, entre otros, los siguientes pensadores: Ignacio Martín-Baró y Enrique Pichon-Riviére, en lo psicológico; Paulo Freire, en lo educacional; Arturo Roig, en lo filosófico; Humberto Maturana en lo comunicacional.

² Así lo comprueban fehacientemente: N. Chomsky-H. Dieterich (*La sociedad global*, 1995; J. Schatan (*El saqueo de América Latina*, 1998); y G. Baum, (en Revista *Concilium*, España, 1999).

Frente a estos embates fracturadores de identidades, en particular del constructo psicosocial latinoamericano, nuestra interpretación del proceso identitario se afina en el enfoque psicohistórico postulado por E. Erikson, para quien “la identidad psicosocial posee también un aspecto psicohistórico, y las biografías están inextricablemente entrelazadas por la historia” (1993:13); “de modo que la faceta ‘social’ de la identidad debe explicarse en términos de esa comunidad en cuyo seno se encuentra el individuo. Ningún yo es una isla solitaria” (1979: 20); “la identidad está siempre ubicada en el orden social - sostenido por organismos personales - que comparten un contexto histórico-geográfico” (Ibid.: 52).

El concepto de identidad psicológica, núcleo subjetivo y marco sostenedor de las demás, implica no sólo “estabilidad y cambio” (Grinberg, 1976), no sólo una condición de proceso constructivo y dialéctico, sino un complejo estructural que involucra “niveles de integración”: físico, biológico, social y psicológico, co-implicados e interactuantes, cuya articulación dinámica establecerá la configuración primaria y el estilo identitario en el plano de la expresión individual. En este proceso, el adecuado equilibrio de las “series temporales” (pasado, presente y futuro), las condiciones bioheredadas y orgánicas, la índole de las experiencias afectivas, psicomotrices y sensoperceptuales, siempre localizadas en un entorno geofísico (eco y etológico) y social, constituyen matrices basales y referentes indispensables en el constructo identitario personal. Es desde tales basamentos endógenos y situacionales concretos que se estructura la personalidad y su médula subjetiva, pasando por formaciones cognitivas sensoperceptuales y afectivas que tienen su desarrollo afincado en la realidad práctica y directa de su entorno biofísico y humano; tras la experiencia sensomotriz y vincular intersubjetiva es que se constituyen las funciones “semióticas”, como la imitación diferida, el dibujo, el juego o el lenguaje.

El agregado tecnológico aportado gradualmente, primero, por la cultura “alfabético-fonética” y, luego, por la “electrónico-visual” (hoy magnificada como “de la imagen”), viene a complejizar y enriquecer dicho proceso, nunca a sustituir las proto-mediaciones de aquellas improntas y anclajes experienciales. Colocar los “medios”, o los mensajes (“sistemas abstractos”, A. Giddens, 1997: 244) como realidades concretas y directas, no es otra cosa que privilegiar las ramas en detrimento de las raíces y el tronco, lo cual no sólo acarrea confusión y difusión de identidades sino riesgosos síndromes de enajenación y deshumanización. Y los nuevos apóstoles tecnoinformáticos no se quedan aquí: postulan en el ancho y confuso escenario transdisciplinario escenificado por ellos, la autonomía del campo cultural y artístico respecto a los dominios económico y sociohistórico, mirando con anteojos telemáticos su sociedad, la europea, y extrapolando, como ha sido crónico, sus visiones al resto del universo. Son, a pesar de sus predicadas consideraciones por la diversidad, canónicos. En este respecto, se advierte una fuerte hegemonía, cuyo rasgo central es su eurocentrismo y avasallamiento cultural, que les ha permitido pontificar desde sus concretos lugares por y para el resto del mundo, sesgando con sus intereses particulares las bases epistemológicas mismas de las ciencias, especialmente sociales, y las aplicaciones tecnológicas con su preconizada “razón instrumental”. De aquí que la asimilación selectiva, en el modo pautado por Andrés Bello, o la “apropiación creativa” descrita por Ana Pizarro, conforman actitudes necesarias de sustentar por América Latina en todos los planos, frente al modelo europeo y, con mayor fuerza aún, frente a la prepotencia invasiva – económica y cultural – de los Estados Unidos. En tal sentido, resulta válido el actualísimo aserto ético postulado por M Castells, quien al referirse al capitalismo de la información y la exclusión social, plantea que “el cambio educativo es más necesario que nunca. Necesitamos modernizar tecnológicamente las escuelas, lo cual no supone sólo colocar ordenadores ‘on-

line', sino aprender qué hacer con ellos... La ciencia y la tecnología poseen grandes valores, pero a condición de que se pongan al servicio del pueblo. Lo importante es saber si se limita a una pequeña élite o si se difunde en el conjunto de la gente" (1998: 83).

La anunciada "sociedad del conocimiento", hasta ahora centralmente teledirigida y usufructuada, necesariamente debiera estar precedida y acompañada, en especial en América Latina, tanto por la justicia social como por la educación y efectiva práctica de los Derechos Humanos, estableciendo en sus naciones una adecuada distribución social de la riqueza material y de los bienes culturales. El postular una "política emancipatoria" promoviendo la justicia, igualdad y participación, en autonomía endógena (A. Giddens, 1997: 267 y ss.), no implica desconocer el aporte exógeno en términos selectivos de pertinencia. Tal es el sentido de la advertencia martiana: "Cree el aldeano vanidoso que el mundo entero es su aldea". No se trata, por tanto, de la exclusión: localismo o cosmopolitismo, ambiente o habitante, etno o altercentrismo, patria o mundo, sino de la inclusión. En síntesis, se trata de cambiar la "o" por la "y": América Latina y el Mundo, inserta y significando en él, pero sin el juego dominio-sumisión y con un orden prioritario: primero lo nuestro, luego lo otro, en el modo sintetizado por J. Martí (1891).³

2.- El enfoque psicohistórico y el concepto "identidad"

Entendemos, con E. Erikson, que la identidad del yo, "en su aspecto subjetivo, es la conciencia del hecho de que hay una mismidad y una continuidad en los métodos de síntesis del yo, o sea que existe un estilo de la propia individualidad, y que este estilo coincide con la mismidad y continuidad del propio significado para otros significantes de la comunidad inmediata" (1974: 42), y con Serge Moscovici, que la identidad personal-social alude "al punto en que se centran los componentes sociales y psicológicos, en el interior de una estructura afectiva y cognitiva, que permite al individuo representarse quién es e intercambiar con el mundo social que le rodea" (1981: 180).

Adelantándonos a la esperada atribución de "determinismo social", aclaramos, desde ya, que no hay tal, en tanto concebimos la interrelación individuo-sociedad como proceso dialéctico y cooperativo por el cual los ámbitos individual y social, en tanto complementarios, generan un nuevo orden (síntesis) de realidad que ya no es ni social ni individual: la condición bipolar que define la identidad humana: a veces más sociopsicológica, otras más psicosocial.⁴

³ Propuesta reiterada, tras el Discurso del Rector Andrés Bello (1843), entre otros, por P. Henríquez Ureña; J.C. Mariátegui; Alfonso Reyes; Alejo Carpentier o Eduardo Galeano. En los últimos años, Ana Pizarro (1994 a, b) ha venido incursionando con elegante prestancia sobre el tema, particularmente a partir del desarrollo de los pares dialécticos "localismo- cosmopolitismo" (A. Cандido) y "apropiación del discurso (europeo) de la modernidad" y las "respuestas creativas" de nuestros literatos. Dice ella, a propósito del vanguardista V. Huidobro: "la gran literatura es universal, pero surge de un espacio cultural específico, internacionalizando sus signos".

⁴ Como bien lo explicitan, K. Kosik (*Dialéctica de lo concreto*, 1979) y P. Berger-T. Luckmann (*La construcción social de la realidad*, 1989). Una mirada historiográfica y contextualizada en América Latina nos la ofrece Germán Morales (*Revista de Psicología, U. de Chile*, VI, 1997), a través de la cual, al describir el nexo "sujeto-sociedad", releva como categoría psicosocial imprescindible y pivotal, la "subjetividad", entendida como "sujetos en contextos". Además de este autor y J. Gissi, son varios los psicólogos chilenos que vienen cultivando este campo psicosocial y/o comunitario, entre ellos: C. Toloza, E. Lira, G. Rozas, D. Asún, J.L. Saiz.

Según lo enunciado por tales autores, la identidad del yo viene a ser la instancia fenoménica en la cual el individuo concilia o sintetiza en sí dos líneas de su desarrollo evolutivo: el *intus*, su proceso subjetivo, y el *alter*, el “otro” que, junto con plasmar al anterior, le otorga sentido y proyección. Además de la importancia del “contexto” o “marco de referencia” (P. Watslawick, 1981: 21) para la comprensión de “lo humano”, surgen otras connotaciones significativas: “nexo”, “vínculo”, “relación”, “interacción” o “interdependencia”, las cuales podemos categorizar como modos del “pensamiento relacional” (P. Bourdieu, 1995; J. Jameson, 1998). Relacionalidad que, como fondo, no niega ni diluye la figura entitativa de las identidades individuales (subjetivas) o colectivas (intergrupales), en tanto constructos existenciales en permanente proceso de transformación, de reflexión (re)creativa y de actitudes prosociales y empáticas.

La conciencia, pues, no sólo nace y se posibilita en forma heterónoma sino que, también, para mantenerse como tal, precisa de la “mirada del otro”, de la presencia del “objeto intencional”, el cual, en tanto referente, la hace ser. De este modo, psicogenéticamente el “tú” antecede al yo, y éste se constituye (“autoconciencia”) a partir de la conciencia del “otro”, tal como lo plantean enfoques interaccionistas simbólicos (G. Mead, 1953), modelos socioconstructivistas (L.S. Vygotski, 1995) y sociohumanistas (E. Fromm, 1987, 1990), entre otros. Esto tiene su correlato en el plano del lenguaje, ya que en tanto instrumento privilegiado de interacción entre lo subjetivo y lo objetivo, e instancia en la cual el hombre se constituye sujeto, resulta el material simbólico en el que se plasman los discursos – el poético⁵, por ejemplo – y los modos de comunicación intersubjetiva.

Dada su pertinencia para nuestro tema recogemos la síntesis que, sobre el “ciclo vital individual”, nos ofrece Erik Erikson:

“No podemos ni siquiera comenzar a abarcar y comprender el ciclo vital humano sin aprender a incluir el hecho de que el ser humano que estamos observando ha ido creciendo en un mundo social; este mundo social, al mismo tiempo para bien y para mal, le ha ido preparando paso a paso una realidad externa a ese ser humano, realidad constituida por tradiciones e instituciones humanas que utilizan y de ese modo estipulan el desarrollo de sus capacidades, que atraen y modulan sus impulsos, que responden y delimitan sus miedos y fantasías, que le asignan una posición en la vida adecuada a sus poderes psicosociales. No podemos comenzar a comprender a un ser humano sin indicar, para cada estadio de su ciclo vital, el marco de influencias sociales y de instituciones tradicionales que determinan su perspectiva de su pasado infantil y de su futuro adulto” (1962: 20).

Complementando esta interpretación psicosocial de la identidad, S. Moscovici enfatiza su dimensión “social”, dialógica y referida al Otro, a los demás, en tanto “la identidad social se levanta como una construcción representativa de sí en su relación con los otros y con la sociedad... es la conciencia social que el actor tiene de sí mismo, pero en la medida en que su relación con los otros confiere a su propia existencia cualidades particulares” (1981: 157); en forma similar, H. Tajfel (1984) postula que la pertenencia a grupos o categorías sociales y las conductas intergrupales son relevantes en la configuración de las ‘identidades sociales’

⁵ En referencia al ‘yo discursivo’, E. Benveniste dice: “La conciencia de sí no es posible más que si se experimenta como contraste. No empleo ‘yo’ sino dirigiéndome a alguien que sea en mi alocución un tú. Es esta condición de diálogo la que es constitutiva de la persona” (1978, II: 181).

El referente significativo al cual apunta el concepto es, pues, lo social, lo grupal y/o colectivo (familia, clase, etnia, profesión, región). No se queda en lo individual, ya que articula e integra el entorno sociocultural e histórico (la “circunstancia” orteguiana). Maritza Montero la describe como instancia que “establece una especie de capa de supraidentidad, la cual proporciona un marco de referencia, dando a la definición individual un sentido y proyección históricas” (1991: 3).

Concretando más su formalidad conceptual en el ámbito específicamente social, en función de grupos nacionales o regionales, la define como “conjunto de significaciones y representaciones relativamente permanentes a través del tiempo que permiten a los miembros de un grupo social que comparten una historia y un territorio común, así como otros elementos socioculturales, tales como un lenguaje, una religión, costumbres e instituciones sociales, reconocerse como relacionados los unos con los otros biográficamente” (1984: 76).⁶

La conceptualización aportada recientemente por M Castells sobre “identidad sociocultural” constituye, pensamos, una adecuada y actualizada síntesis de los intentos antes elaborados:

“Por identidad... entiendo el proceso de construcción del sentido atendiendo a un atributo cultural, o un conjunto de atributos culturales, al que se da prioridad sobre el resto de las fuentes de sentido... Defino ‘sentido’ como ‘la identificación simbólica que realiza un actor social del objetivo de su acción’ ... el sentido se organiza en torno a una identidad primaria (es decir, una identidad que enmarca al resto) que se sostiene por sí misma a lo largo del tiempo y del espacio” (1999: 28).

Los desarrollos teóricos, tanto epistemológicas como psicosociales, realizados por los autores reseñados, coinciden en enfatizar el troquelado que los hechos socioculturales significan, por una parte, en la configuración de las identidades personales y, por otra, en los modos de “carácter social” de los grupos humanos; por ende, postulan la interdependencia de los niveles de realidad social e individual y, a la vez, afirman como soporte en la construcción identitaria social, la existencia entitativa de la “subjetividad”, condición y objeto de la (inter)disciplina que mal denominamos “Psicología”.

3.- El referente identitario latinoamericano

América Latina, en tanto imaginario cognitivo y afectivo, con sus particulares connotaciones geoecológicas, históricas y culturales, se ha ido construyendo paulatinamente desde el arribo de los españoles (1492), hasta ser escrita como tal en la segunda mitad del siglo XIX por J.M. Torres Caicedo y F. Bilbao, ambos en 1856.⁷

⁶ Esta definición, abarcadora y homogeneizante, habría que flexibilizarla e interpretarla como primera aproximación, con relativa validez en el ámbito de los macrogrupos y colectivos sociales. Su revisión implica dar cabida a lo heterogéneo y diverso, a las diferencias etnoculturales y a la pluralidad existente en contextos tanto regionales como nacionales. Por otra parte, en la medida en que todo proceso identitario no es autárquico ni aislado, es decir, se constituye en referencia a los demás, al otro, respecto a los cuales se distingue, en el caso de América Latina, destacamos que tal otredad ha quedado referida a las metrópolis, particularmente Europa central y Estados Unidos. Finalmente, se debe incorporar la condición dinámica e histórica del proceso, su proyección de futuro y de valores - sus dimensiones utópicas y éticas -, compartidas intergrupalmente en el colectivo latinoamericano.

⁷ Ver, A. Arda (Génesis de la idea y nombre de América Latina, 1980), y M. Rojas Mix (Los cien nombres de América, 1997).

El sintagma “América Latina” y el gentilicio *latinoamericano* se expanden con lenta rapidez por todos lados. Oficial y tempranamente (1862), en la esfera religiosa se consagra, al instalarse en Roma el Colegio ‘latinoamericano’; casi un siglo más tarde (1955) nace en Bogotá la Conferencia Episcopal de América Latina y el Caribe (CELAM), cubriendo los Episcopados desde México a Cabo de Hornos e incluyendo el Caribe y las Antillas; casi paralelamente, en 1957, con similares referentes, en el ámbito académico, inicia sus actividades la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO), con Secretaría General en Costa Rica, contando con diez unidades académicas cuyas investigaciones se focalizan en la región; en el área económica, en 1948, se inaugura en Santiago de Chile la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), con el objetivo de superar el subdesarrollo modulado por las pautas del capitalismo central; en fin, contemporáneamente, en las áreas deportivas, musicales, literarias, comunicacionales y artísticas en general, se ha ido decantando recurrentemente la acepción “latinoamericano” para designar de modo semiótico, concreta y formalmente, este objeto intencional de la conciencia (subjetiva u objetiva), sea como substantivo o adjetivo en lo sintáctico, semántico y pragmático, como lo comprueban variados estudios científicosociales y culturales.⁸

En síntesis, desde múltiples aportes indagativos se instituye la América Latina como categoría social de pertenencia, significando a la vez una formación histórico-cultural concreta y un símbolo representacional compartido. Hoy alude a una realidad geohistórica y cultural, ubicada al sur del Río Bravo, rodeada de mares y océanos, con macizas formaciones naturales como el río Amazonas y la Cordillera de Los Andes y, también, con macizas culturas matriciales como la maya y quechua, entre otras. En su ancho y aún ajeno territorio, con cerca de diecinueve millones de kilómetros cuadrados, alberga más de trescientos cinco millones de habitantes, con ricos ecosistemas y heterogéneas expresiones culturales, con graves deficiencias socio-estructurales y una muy injusta distribución de la riqueza.⁹ Tal endémica situación de privación económica y desigualdad social deberá ser superada en función de una ética social y humanista, en tanto “los logros y deficiencias de un tipo de economía o un modelo de desarrollo sólo pueden apreciarse desde un punto de vista cultural o ético” (L. Tomassini, 1998: 355).

La circunstancia latinoamericana no implica, pues, una referencialidad cultural abstracta (o “virtual”); ella se instituye sobre una base geofísica y ecosistémica peculiar (“naturaleza”, “madre-tierra”), con múltiples afluyencias culturales e inequidades sociales. Esta biodiversidad, pluralismo etnocultural y diacrónicas deficiencias de calidad de vida de sus grupos integrantes, son incorporadas en el ámbito de una totalidad o nivel de significado más amplio y abarcador: la América Latina que, como formación sociohistórica, es escenario de dinámicos procesos, unos unificantes e integradores en sus diferencias, otros disgregadores o enriquecedores, según el grado de asimilación crítica de

⁸ Contribuciones valiosas en tal sentido nos la entregan: M. Montero (Coord., *Psicología política latinoamericana*, 1987); Revista *Anthropos*, Barcelona, 1994; J. Gissi, J. Larraín y F. Sepúlveda (*Cultura e identidad en América Latina*, 1995); Luis Vitale (*Historia social comparada de los pueblos de América*, 1999).

⁹ Según el Informe CEPAL 1997, en la región el 36% de su población está bajo la línea de pobreza y el 15% bajo la de indigencia; información actualizada en diciembre de 1999, constatando que en trece países cien millones de personas viven en extrema pobreza, equivalente al 35%.

las influencias y materiales simbólicos exógenos.¹⁰ Es sobre tal basamento, con la heterogeneidad de su suelo, clima, flora y fauna, que se ha ido legitimando una suerte de mancomunidad históricocultural que le concede distinción en el concierto internacional. Pero, más que tal heteropercepción es la autopercepción de sus habitantes (J.M. Salazar, 1988) lo que le otorga su condición como referente social identitario valioso intersubjetivamente y con validez objetiva, amalgamado por redes de experiencias sincréticas y de significados simbólicos compartidos. El estatuto de la naturaleza-continente va imprimiendo en la estructuración subjetiva de sus huéspedes anclajes primarios, tanto para las funciones cognitivas como para las afectivas, conductuales y comunicativas¹¹, como queda expresado en su especificidad y multiplicidad cultural: artesanía y folclor, rituales alimenticios, agrarios y funerarios, ciudades y parques nacionales, novelas, poesía canciones y bailes populares; actualmente, incluso en telenovelas y atracciones turísticas.

Su Historia (o “etno-historia”, Smith, 1997), primordialmente oral en su origen, no arranca con el supuesto descubrimiento: existe todo un legado y sustrato indígena, el que resurge hoy desde Chiapas (M. Castells, 1999: 91 y ss.) hasta Arauco, con la emergencia de actores sociales representativos de importantes sectores hasta ahora marginados de la aldea global; su impronta “geocultural” (R. Kusch, 1976) está inmersa en su inconsciente colectivo, estampado en su biotipo, expresado en mitos, leyendas, modos comunicacionales, cosmovisiones religiosas y costumbres populares, y repartido con sus nombres para designar sus espacios geográficos más relevantes. Tal marco representacional y simbólico intergrupal, cuyas raíces se pierden en los tiempos precolombinos, hace pervivir la continuidad histórica propia y la secuencia sinérgica de un múltiple mestizaje etnocultural (N. García Canclini, 1990), constituyéndose en una vigente red de significados cotidianos compartidos por los habitantes de esta América morena.¹²

Desde una perspectiva histórica, la conciencia de identidad teniendo como referente social a la América Latina, si bien tiene sus ancestrales antecedentes en aquel legado y en tal proceso de hibridismo y dependencia vividos antes del siglo XIX, empieza a conformarse en ese siglo, a partir del aún inconcluso proceso emancipatorio, primero político y militar, y luego, económico y cultural de Europa. Se va cimentando en la condición diversa - mestiza y mulata - de su pueblo mayoritario, en la permanente pugna con Estados Unidos y en la emergencia de figuras señeras, quienes van abonando y cultivando esta categoría propia y diferencial de ‘pertenencia’, la cual incluye sus heterogeneidades, transculturaciones e hibridaciones culturales, es decir, una multiplicidad de voces identitarias integradas y, al mismo tiempo y cada vez más, respetadas en su pluralidad.

¹⁰ M. Rojas Mix (*América imaginaria*, 1992), muestra gráfica e icónicamente tal proceso intercultural.

¹¹ Bien lo dice F. Sepúlveda: “El territorio se revela en la imagen de la madre tierra. Esta es un segundo útero que nutre al habitante. Desde sus colores, líneas, ritmos, formas, modela los paisajes interiores del hombre. Desde los ruidos y sonidos del entorno le afina el oído para atender las voces de su ser. Los aromas, los sabores de frutos y frutas le transfieren la energía de sus raíces. El contacto de la piel del hombre con la piel del terreno troquela su autoctonía” (1996: 45).

¹² Como lo han venido investigando: J.L. Abellán (*La idea de América, origen y evolución*, 1972); D. Cuneo (*Aventura y letra en América Latina*, 1975); J. Gissi (*Identidad latinoamericana. Psicología y sociedad*, 1987); C. Parker (*Otra lógica en América Latina. Religiosidad popular y modernización capitalista*, 1993), entre otros.

A la base de tal proceso identitario social han operado dos hitos claves: a) la aparición de un mito, un desafío colectivo, una utopía viable, enunciada por Francisco de Miranda y Simón Bolívar, desarrollada por Andrés Bello y J.M. Torres Caicedo, y continuada, enriquecida y proyectada por muchos latinoamericanos en este siglo - como M. Ugarte -, desde el alado *Ariel* que echara a volar J.E. Rodó (1900), y b) la paralela y persistente actitud de los Estados Unidos, antagonizando tal Proyecto, generando y reforzando por *alteridad* la conciencia y adhesión afectiva a lo propio, distinguiéndose de ese otro espacio americano y oponiéndose a su hegemonía y rapacidad económica y política.

Desde la formación de los Estados-naciones el discurso histórico se ha visto permeado, debido a factores tanto endógenos como exógenos, por las contradicciones y la lucha casi titánica entre pares contrarios: tradición-modernidad, dictadura-democracia, dependencia-autonomía, disgregación-integración, defensa de los Derechos Humanos en la letra y su violación crónica en la práctica social oficial, el primordial postulado ético de Justicia y la profunda y dramática realidad de “la injusticia social que hace más bulto que la Cordillera”, como grafica la andina Gabriela Mistral.

La situación de dependencia económica y cultural en que se han desarrollado sus naciones, las ingentes dificultades para el logro de integración regional (a pesar de variados y parciales intentos, desde el bolivariano y frustrado Congreso Anfictiónico de Panamá en 1826), la altercentricidad e importación de modelos identificatorios exógenos, han constituido poderosos obstáculos para el logro del objetivo viable de conformar identidades psicosociales y sujetos sociales autónomos, creativos y solidarios, en el contexto relacional de un imaginario cultural, como ámbito comunitario de afiliación y pertenencia.

En resumen, podríamos decir que en la historia políticocultural latinoamericana se ha ido desarrollando un proceso identitario dinámico, polifacético y multipolar, atravesado por una serie de contradicciones, esto es, un proceso de asimilación, negación e integración, que aún no logra dar cuenta de una entidad colectiva consistente, autónoma y unitaria, pero que avanza por la senda del reconocimiento y aprecio de lo común y de aceptación de lo plural y diverso, en términos geopolíticos, económicos y socioculturales.

La “interrelación palpitante entre lo propio y lo ajeno” (P. Bifani, 1989) viene a ser la ilación que teje su ropaje con contrapunteados tonos de dependencia-independencia, pero siempre hilados con el cañamazo manejado a base del poder de unos (pocos) sobre otros (muchos), en función de las armas y/o el capital. Ahora mismo, el telar con el cual se intenta tejer su estructuración socioeconómica y cultural lleva marca “made in USA”, cuyos sellos neoliberales e íconos mercantiles van minando identidades nacionales, talando culturas locales, y excluyendo o “ninguneando” amplios sectores poblacionales (étnicos, etarios, de género, laborales) en pro de una hegemónica “*world culture*” telemáquica, de un extraño *american way of life* y su carcoma “mcdonaldización” (F. López, *Globalización e identidad*, 1999: 159). Al iniciar este tercer milenio, la confrontación entre la sobrevivencia y fortalecimiento de la identidad latinoamericana y el dominio hegemónico de Estados Unidos y otros poderes globalizantes neoliberales - mercado, transnacionales e instrumentados medios de comunicación - imponiendo ajustes y modernizaciones, se convierte en dramática realidad cotidiana que divide aún más la ya disgregada y postergada unidad; frente al neocolonialismo del poder postindustrial y sus intentos por estandarizar la economía y convertir a los individuos en meros consumidores (Ver, N. García-Cancini, 1995), América Latina debe luchar por afirmar su diferencia, por rescatar los fundamentos de sus matrices etnoculturales basadas en la tierra, la comunidad y la solidaridad, y por el

final logro de una plena y a la vez integrada autonomía como continente en desarrollo humano sostenible, regido por la vigencia de los derechos humanos y por los valores de una efectiva y co-participativa democracia, paradigma social-humanista predicado y practicado por tantos latinoamericanos, de ayer y de hoy.

A esta altura de los tiempos, con sus espacios cada vez más comprimidos y explotados, la pregunta y el desafío es, para nosotros, psicólogos latinoamericanos: ¿cómo puede la Psicología, a través de su construcción teórica y práctica crítica, contribuir en la edificación de un imaginario colectivo, a la vez integrándose en la cultura universal y autogestándose diferencial y coherentemente con su memoria histórica y su configuración ecosistémica, sociocultural y psicosocial? Este aporte reflexivo intenta abrir brecha hacia estos derroteros un tanto olvidados, inmersos en la inducida amnesia que parece dominar la mentalidad colectiva regional y nacional, incluido nuestro propio ámbito profesional, en lo ético y en lo gremial.

Referencias

- Baudrillard, J. (1988) *La posmodernidad*, Kairós, México.
- Benveniste, E. (1978) *Problemas de lingüística general, II*, Siglo XXI, México.
- Bifani, P. (1989) “La interrelación palpitante entre lo propio y lo ajeno”, en *Nueva Sociedad*, Nº 99, Caracas (104-115).
- Bourdieu, P. (1995) *Las reglas del arte (Génesis y estructura del campo literario)*, Anagrama, Barcelona.
- Brunner, J.J. (1994) *Cartografías de la Modernidad*, Dolmen, Santiago.
- Castells, M. (1998) “Retos educativos en la era de la información”, *Cuadernos de Pedagogía*, Nº 271, Barcelona.
- (1999) *La era de la información* (Vol. II, ‘El poder de la identidad’), Alianza, Madrid.
- Erikson, E. (1962) *Young Man Luther: a Study in Psychoanalysis and history*, Norton, N. York.
- (1974) *Identidad, juventud y crisis*, Paidós, Buenos Aires.
- (1979) *Historia personal y circunstancia histórica*, Alianza, Madrid.
- (1993) *Sociedad y adolescencia*, Siglo XXI, México.
- García C., N. (1990) *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la Modernidad*, Grijalbo, México.
- (1995) *Consumidores y ciudadanos: conflictos multiculturales de la globalización*, Grijalbo, Buenos Aires.
- Fromm, E. (1987) *Psicoanálisis de la sociedad contemporánea*, Paidós, Buenos Aires.
- (1990) *Tener o ser*, FCE, México.
- Gergen, K.J., (1992) *El yo saturado* (Dilema de la identidad en el mundo contemporáneo), Paidós, Buenos Aires.
- Giddens, A. (1997) *Modernidad e identidad del yo* (El yo y la sociedad en la época contemporánea), Península, Barcelona.
- Grinberg, L. (1980) *Identidad y cambio*, Paidós, Barcelona.
- Jameson, J.- otro (1998) *Estudios culturales. Reflexiones sobre el multiculturalismo*,

- Paidós, Bs.As.
- Kusch, R. (1976) *Geocultura del hombre latinoamericano*, F.García C., Buenos Aires.
- Lyotard, J. (1989) *La condición post-moderna*, Rei, Buenos Aires.
- Martí, J. (1991) *Nuestra América, 1891*, Ayacucho, Caracas.
- Mead, G. (1953) *Espíritu, persona, sociedad*, Paidós, Buenos Aires.
- Montero, M. (1984) *Ideología, alienación e identidad nacional*, UCV, Caracas.
- (1991) *Identidad social, ideología y transformación en América Latina*, Conferencia, UMCE, Santiago.
- Moscovici, S. (1981) *Introducción a la psicología social*, Paidós, Buenos Aires.
- Pizarro, A. (1994a) *De ostras y caníbales. Reflexiones sobre la cultura latinoamericana*, USACH, Santiago.
- (1894b) *Sobre Huidobro y las vanguardias*, USACH, Santiago.
- Salazar, J.M. (1988) *Supranacionalismo y regionalismo*, UCV, Caracas.
- Sepúlveda, F. (1996) “La identidad en la cultura tradicional”, *Revista Universitaria*, Nº 54, PUC, Santiago.
- Smith, A.D. (1997) *La identidad nacional*, Trama, Madrid.
- Tajfel, H. (1984) *Grupos humanos y categorías sociales*, Herder, Barcelona.
- Tomassini, L. (1998) “Cultura y desarrollo”, *Revista-CEPAL* (Extr.), Santiago
- Vygostki, L.S. (1995) *Obras escogidas* (5 Vols.), Visor, Madrid.
- Watzlawick, P. (1981) *Teoría de la comunicación humana*, Herder, Barcelona.
- VARIOS (1998) *Desarrollo humano en Chile*, PNUD, Santiago.
- (1999) *Globalización e identidad. Universidad Iberoamericana*, (J. Brovetto- M. Rojas Mix, Eds.), CEXECI, Cáceres, España.
- Revista chilena de Psicología* (Colegio de Psicólogos, A.G.).
- Revista de Psicología*, Universidad de Chile.
- Revista de la Univ. Metropolitana de Ciencias de la Educación*.
- Revista Latinoamericana de Psicología*, Bogotá.